

La curva.

Hernán Ronsino.

1

Tiene las piernas largas como si fueran dos ríos que se tocan al nacer, en la profunda laguna: oscura, húmeda, misteriosa. Pero también tiene dos palabras que repite siempre, y un tatuaje en la espalda, y unas manos que acarician como si hicieran pan.

Y dice que mató al tío. Y camina descalza porque siente a la tierra creciéndole por dentro: dice que la tierra se le mete por los talones, y que le crece al costado de las venas, como los cables, o las rutas, crecieron a los costados de las vías del tren.

La tierra la vuelve fuerte, dice, le permite enfrentar los ojos de la gente. Que si no fuera por la tierra, ella, ahora, estaría quebrada como un ombú: loca, dice.

Y dice que dejó un hijo recién nacido en un campito de Benítez, hace como cinco años. Las marcas del tiempo las tiene claras. También tiene claras las notas de la cumbia que silba por el medio de la avenida Güemes, cuando la avenida Güemes entra en un declive que parece enterrarse, y no sólo deja de estar asfaltada sino además se llena de recortes de ladrillos, que se supone deben emparejar los pozos de los alrededores de la Cerámica.

Entonces ahora me contás un cuento vos, me pide siempre, cuando termina de narrar su historia. Siempre me cuenta su historia. Y después se pone un tronquito de pasto en la boca, sentada junto al arroyo que lleva los desperdicios de los chiqueros y de la Cerámica, que está atrás nuestro, y que en esta tardecita calurosa, la Cerámica, parece un imperio derrumbándose. Y le invento una historia. Le gustan las aventuras de los guerreros y de las princesas. Le gustan los castillos y las brujas. Le gustan los paisajes que, más lejos de estas ruinas, la transporten. Le gustan los tigres.

2

No es de acá, dicen los remiseros de la curva. Vino con los bolitas que levantaron los edificios de la Federación, y se quedó. Vive atrás de la Cerámica, en una tapera impenetrable. Se la ve con perros (les habla a los perros), y se junta con los chicos del monte, que son mucho más chicos que ella, dicen. Ella seguro hijos todavía no debe tener, pero en cualquier momento, de seguir así, ligera, alguien la emboca, dicen los remiseros, sentados en los sillones de mimbre en la vereda de la curva, ignorando la verdadera historia de la chica; ni siquiera pueden imaginar la escena entre las chapas del rancho, en una quinta de Castilla, el tío agarrándola de los pelos, arrancándole la ropa, penetrándola con un oscuro placer en los ojos, y un susurro áspero, constante entre los labios; no pueden imaginar, por ejemplo, los remiseros, cómo fue que, a los seis meses, embarazada, una noche de lluvia en que

el tío reincidió, ella, certera, le enterró una cuchilla en el abdomen, con la frialdad con que cualquiera corta un pan al medio; no pueden, tampoco, los remiseros, ver en la cara de la chica, la imagen que la persigue cada vez que cierra los ojos en ese colchón viejo de la tapera, dejando a su hijo – porque le parecía que no era de ella, que había nacido sucio- entre fardos secos en un campito de Benítez; no pueden imaginarla, aunque digan, inventen otras historias, aunque la vean perderse, ahora, silbando por el medio de la avenida Güemes, mientras se bambolea sobre esas piernas largas, como si fueran dos ríos que se tocan al nacer.